

La resiliencia: un punto de partida para el enriquecimiento de los modelos educativos

Viviana Román González
Grupo Desarrollo Cognitivo
Facultad de Educación

“Nuestra historia no es un destino. Nada queda escrito para siempre. Los sufrimientos nos obligan a metamorfosearnos y nunca perdemos la esperanza de cambiar nuestra manera de vivir.”

Boris Cyrulnik

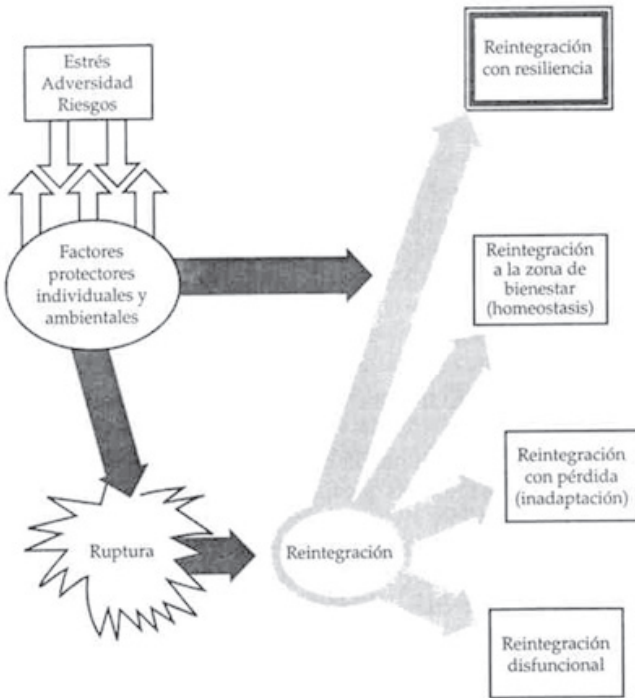
La época contemporánea ha visto surgir infinitud de modelos educativos cuyos enfoques resaltan la importancia de determinados aspectos del ser humano en sus procesos de aprendizaje. Henderson y Milstein, en su libro *Resiliencia en la escuela* (2003), destacan el potencial existente en niños y jóvenes para, basados en sus puntos fuertes, adquirir y desarrollar competencias en el plano educativo y personal, a pesar de las numerosas situaciones de riesgo a las que se hallan expuestos. Los autores desarrollan la tesis de que la resiliencia es un proceso que debe construirse en las escuelas,

por medio de diferentes métodos y estrategias. Desde este referente, el presente escrito reflexiona en torno a los elementos de la resiliencia, aplicados en el contexto escolar, vistos no en tanto modelo educativo, sino como punto base para fortalecer los elementos de todo modelo por medio del desarrollo de la resiliencia en niños y jóvenes, así como en otros actores del proceso educativo.

Resiliencia, ¿qué es?

El término resiliencia tiene su origen en la física, se deriva del verbo latino resilio, el cual se refiere a la capacidad de un material de recobrar su forma original después de haber estado sometido a las altas presiones. Es, en cierto sentido, asimilable a la elasticidad. Por analogía en las ciencias humanas y particularmente en la psicología, se utilizó este término para dar cuenta de la capacidad humana que permite a las personas que, a pesar

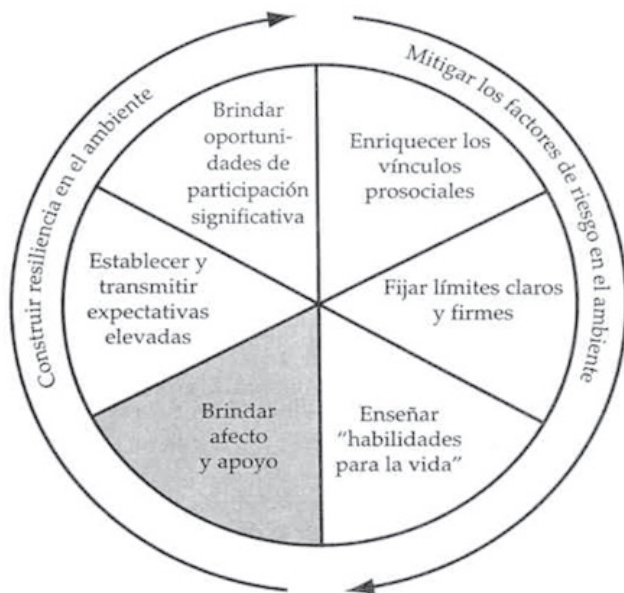
de atravesar situaciones adversas, dolorosas o difíciles puedan salir ellas no solamente a salvo, sino aun enriquecidas por la experiencia (Rodríguez, 2004). Asimismo, Rirkín y Hoopman (1991) la definen como la capacidad de recuperarse, sobreponerse y adaptarse con éxito frente a la adversidad, y de desarrollar competencia social, académica y vocacional pese a estar expuesto a un estrés grave o simplemente a las tensiones inherentes al mundo de hoy. Basándonos en los postulados anteriores, podríamos decir, a manera de definición propia, que la resiliencia es un proceso en el cual, a través de la interacción entre sus posibilidades y sus experiencias, el individuo reconfigura su realidad al darle un sentido constructivo. El siguiente diagrama puede explicar mejor el proceso:



Luego de la familia, la escuela cumple un papel fundamental en tanto espacio de socialización en el cual tienen cabida infinitud de interacciones potencialmente constructoras de resiliencia. Es allí, en la escuela, donde tiene lugar la resiliencia como paradigma de desarrollo, tanto de los alumnos como de otros actores escolares, cuyo fin es propiciar un ambiente permanentemente abierto al aprendizaje, lo cual facilitará la obtención de buenos resultados en el ámbito académico y personal. Así, en contraposición a la concepción de resiliencia como estado permanente, se plantea un proceso dinámico de la resiliencia, en el cual la adversidad puede conducir a diversos resultados para la persona, los cuales pueden irse transformando con el tiempo.

En este orden de ideas, los autores llegan a la formulación de seis estrategias encaminadas a la promoción y fortalecimiento de la resiliencia en la escuela, considerada como un factor crucial en el éxito de los procesos de alumnos y docentes (Henderson y Milstein, 2003). Estas estrategias han recibido el nombre de “rueda de la resiliencia”, que se ilustra en el siguiente diagrama:

Los pasos 1 al 3 de la rueda propenden por mitigar los factores de riesgo en la vida de niños y jóvenes. Por su parte, los pasos 4 al 6 se basan en los procedimientos necesarios para propiciar la resiliencia, en los cuales se incluye el elemento considerado como el más crucial, brindar afecto y apoyo; el establecimiento de expectativas elevadas y brindar oportunidades de participación significativa.



¿Cómo ayuda la escuela en la construcción de la resiliencia? Aplicación de la rueda de la resiliencia en las escuelas

Para los autores, los seis pasos para promover resiliencia ya descritos pueden expresarse en las actitudes de los docentes y en las estructuras de las escuelas¹. Desde un punto de vista práctico, presentaremos los postulados de los autores aplicados al contexto real de nuestras aulas, independiente del modelo educativo predominante en ellas.

¹ Al respecto, presentan ejemplos reales de dos aulas estadounidenses –una en primaria y otra en secundaria en las cuales los docentes han logrado implementar con éxito los pasos de la rueda de la resiliencia.

Paso 1: Enriquecer los vínculos

De acuerdo con los autores, la escuela puede implementar varios medios para establecer o incrementar los vínculos de los estudiantes con ella (Henderson y Milstein, 2003). De manera práctica, podría decirse que el más importante de ellos es priorizar la participación de la familia en las actividades escolares convocando a los padres, otorgándoles roles significativos en la escuela, ofreciéndoles una variedad de formas de participación y hablando con ellos periódicamente, para transmitirles algún avance positivo de sus hijos, por pequeño que éste sea. Asimismo, es muy importante ofrecer a nuestros alumnos diversas fuentes de actividades de interés para los niños (música, deportes, teatro), con lo cual el vínculo con la escuela será más fuerte. De la misma manera, las estrategias de aprendizaje que toman en cuenta las inteligencias múltiples y los diversos estilos de aprendizaje, transmitirán al estudiante el mensaje de que realmente es importante para la institución, lo cual reforzará su vinculación con el aprendizaje y su permanencia en la escuela.

Paso 2: Fijar límites claros y firmes

Los estudiantes deben ser conscientes de que “su participación en la escuela involucra respetar ciertas normas y límites, que incluso ellos pueden ayudar a determinar” (Henderson y Milstein, 2003, p. 44). Esto se puede llevar a cabo a través de la inclusión de

campañas de prevención contra conductas de riesgo en las políticas y procedimientos de la escuela, de modo que se haga explícita la referencia a estas conductas con cada grupo de estudiantes y sus padres, adaptando la información a cada nivel. De igual forma, es importante que las políticas de la institución dejen de estar presentes sólo como cuadros colgados en las paredes, permitiendo que todo el personal escolar, los padres y, por supuesto, los alumnos, las comprendan, aplicándolas de forma práctica a su vida escolar cotidiana.

Paso 3: Enseñar habilidades para la vida

Con el fin de promover las habilidades sociales, los autores aconsejan aplicar un método de enseñanza basado en el aprendizaje cooperativo (Henderson y Milstein, 2003, p. 46). Esto porque, con base en su interacción diaria con los demás, los estudiantes desarrollan habilidades para llevarse bien con sus compañeros, herramientas de trabajo en grupo, la posibilidad de expresar sus opiniones y tomar decisiones con otros. Desde la experiencia personal, esta práctica ha resultado sumamente positiva y de fácil implementación, debido al elevado número de estudiantes por salón (32 a 45). También es fundamental que los niños y jóvenes comprendan que sus actitudes –buenas o malas- llevan consecuencias, con lo cual se desarrolla la habilidad de evitar problemas innecesarios en el futuro. Esto se logra a través

del establecimiento de correctivos consecuentes y constructivos para los estudiantes que han infringido una norma, así como de estímulos positivos para quienes demuestran respeto por los demás y por las normas de la institución.

Paso 4: Brindar afecto y apoyo

Como ya se mencionó, este paso es la base del proceso de la resiliencia, y debe expresarse en conductas concretas. En nuestro contexto diario, podemos establecer ciertas estrategias que aconsejan los autores, las cuales han sido implementadas en los programas de formación de nuestra institución. Una de ellas es tomar en cuenta a todos los alumnos, conociendo sus nombres; también se les pueden brindar apoyo explícito e intervención cuando atraviesan circunstancias difíciles. De igual forma, los docentes hemos estado dando pasos en la práctica de la ternura con los niños, lo que implica reconocerlos como sujetos válidos, necesitados de afecto así como de autoridad, lo que nos ha llevado a ayudarlos a encontrar su propia resiliencia, poniendo de relieve sus fortalezas al sobrellevar situaciones problemáticas.

Paso 5: Establecer y transmitir expectativas elevadas

En este sentido, se recomienda ampliar el alcance de los currículos, hacerlos más participativos para los alumnos, basarlos en sus intereses y establecer mensajes claros de altas expectativas con ellos, como: “Sé que

puedes hacer este trabajo de forma excelente, no me daré por vencida contigo” o “Convéncete de que eres un niño muy inteligente y capaz, ¡esfuérzate!”; de esta manera, como docentes podemos asignar a nuestros alumnos una alta responsabilidad sobre su propio aprendizaje. Los autores también animan a los docentes a implementar estrategias que promuevan la colaboración, antes que la competitividad, y centrarse en la motivación intrínseca de los estudiantes, aplicando métodos personalizados que valoren su diversidad. Sin embargo, consideramos idealistas estos últimos, ya que en un colegio de muchos estudiantes, con escasez de tiempo, resulta muy complicado llevar a cabo tal empresa.

Paso 6: Brindar oportunidades de participación significativa

Este último paso implica cambiar nuestra visión de los estudiantes, dejar de verlos como objetos o problemas y convertirlos en actores activos, susceptibles de llevar a cabo proyectos importantes para ellos mismos y para su comunidad. Así, es posible dejar en manos de los estudiantes proyectos enteros, como revistas, centros de interés, ayuda a los más necesitados del entorno, cultivos de diversos productos naturales. De esta manera se promoverá en niños y jóvenes un sentido de pertenencia hacia la institución y de valía personal, lo cual es un avance fundamental en la construcción de la resiliencia.

Desde las experiencias de muchos niños y jóvenes analizadas a la luz de las investigaciones y de la valiosa experiencia personal, hemos corroborado el grandioso potencial de la escuela como espacio constructor de relaciones personales afectivas que, al enviar mensajes continuos de valía personal para los demás, se convierten en condición fundamental para la resiliencia.

Sin embargo, existen en las instituciones educativas diversas condiciones que actúan como obstáculos para que este proceso se lleve a cabo. Uno de ellos es el rótulo de déficit que es impuesto a los alumnos que presentan grandes problemáticas psicológicas, físicas o familiares, los cuales se convierten en profecías autorrealizadas que en muchas ocasiones llevan a los estudiantes al fracaso escolar. De igual manera, los docentes y directivos cuentan con poco tiempo para llevar a cabo labores más significativas para los estudiantes en términos de

su construcción personal, debido en parte a la cantidad de estudiantes en los colegios y a su falta de orientación con respecto al proceso mismo que implica la resiliencia y de sus condiciones posibilitadoras. Por tanto, es necesario un llamado a un compromiso real y duradero por parte de las escuelas en la construcción de ambientes que favorezcan el desarrollo de la resiliencia como un aspecto importante del desarrollo humano.

Finalmente, es posible afirmar que la aplicación de los pasos de la rueda de la resiliencia en el ámbito escolar supone un salto cualitativo significativo en la organización de las instituciones, así como en su currículo y en la manera en que se desarrollan los programas académicos. Ante la necesidad de cambios tan grandes, cada docente, a pequeña escala, puede comenzar a convertir su aula de clase en espacios resilientes, propiciando de esta forma el éxito académico de sus alumnos.

Bibliografía

Bruner, Jérôme (2000). *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Visor Distribuciones.

Henderson, N. y Milstein, M. (2003). *Resiliencia en la escuela*. Buenos Aires: Paidós, p. 19-70.

Rirkin, M. y Hoopman, M. *Moving beyond risk to resiliency*. (1991). Minneapolis: Minneapolis Public Press.

Rodríguez, M. S. (2004). *Resiliencia: otra manera de ver la adversidad*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Teología.